

Viene de la 1ª Página.

den.

Y cuando la justicia venza, cuando la Unión sea un hecho quedará de aquellos un recuerdo oprobioso.

I, Dios ha de querer! Pronto veremos surgir llena de gloria y fuerza, la gran Patria, vencedora en su resurrección, como en una apóteosis.

Rubén Darío.

El más legítimo de los miedos.

La tierra que produce estas frutas —dijo Catón, el censor, en el Senado, mostrando algunos higos frescos y apetitosos— sólo está a tres días de Roma.

I las higueras cartaginesas cayeron bajo el dominio romano, en virtud de la eterna ley abominable del más fuerte.

La exuberancia tropical de ciertos pequeños países hispano-americanos, especialmente de Centro América, ha tentado la codicia del Tío Sam, y por más de un senador se ha manifestado la idea—en plena discusión parlamentaria—de apoderarse de cada pulgada de tierra, desde Río Grande hasta el Istmo de Darién.

I se va llevando a la realidad esa idea, aunque lentamente y en la forma que exigen los progresos de la civilización y que aconseja la prudencia.

Para fingir respeto a los convenios que reglamentan la vida de las naciones, y para no despertar recelos en futuras víctimas, el conquistador moderno no manda a vanguardia, como mandaban los conquistadores de antaño, sus naves repletas de soldados, sino agentes diplomáticos que armen las trampas en que han de caer los pueblos incautos, ó empresarios per trechados de oro que siembran la semilla de la intervención. Una retaguardia formidable de *blue jackets* se encarga del resto.

Por eso, y apesar de las amables teorías que expone el señor Valentine en su artículo del "Imparcial", el capital, el gobierno y la vecindad norteamericanos, nos inspiran, no el temor de que habla el señor Valentine, sino un miedo cervical, un pánico invencible.

Por qué las débiles naciones americanas rehusan la ayuda del más fuerte? pregunta el Sr. Valentine. Sencillamente porque la ayuda del más fuerte ha resultado desastrosa para el débil.

Estados Unidos ayudó a Cuba contra España, y luego de vencer, el protector sometió al protegido a un tratado infamante que aisló a la perla antillana del concierto de las naciones, y á favor del cual varias compañías norteamericanas despojaron á cubanos de sus extensos campos comunales. El oro norteamericano cruzó la manigua de carreteras y con virtió los bosques en cañaverales; pero en provecho exclusivo de los protectores. La mayor parte de los cubanos, que no tenían bastante riqueza para competir con los protectores, ni bastante fuerza para imponer el respeto de su libertad y de su propiedad, viven hoy una vida semejante á la de los parias.

También ayudó Estados Unidos a Panamá contra Colombia, y el mejor comentario de esa generosidad norteamericana, es esta frase del Senador Stone. *We have taken Panamá from Columbia in a high hand manner.* (Le arrebatamos Panamá a Colombia contra toda justicia)

Muy profunda ha de ser la convicción de los íntimos é imparciales observadores del Presidente Wilson, quienes han encontrado en ese grande hombre sinceridad, altos ideales panamericanistas y fe y convicción de una misión apostólica; pero los hechos nos hablan a los hispano-americanos de muy distinta manera. Mientras las aduanas de Sto. Domingo estén manejadas por oficiales del Gobierno de los Estados Unidos, y en la forma escandalosa que con

tanta frecuencia ha denunciado la prensa norteamericana, y mientras soldados norteamericanos estén violando la soberanía de Nicaragua para proteger el despojo que hace más de tres años están verificando en aquel país dos banqueros de Wall Street, nadie podrá creer en la sinceridad de las palabras del señor Wilson. Su entusiasmo loco por la libertad humana, su principio fundamental de que todo pueblo tiene derecho de determinar su propia forma de gobierno, porque el país es suyo, el gobierno es suyo y la libertad es suya, y su promesa de que mientras él sea Presidente nadie interviendrá en sus asuntos, no se compaginan con la fuerza norteamericana que está en Managua haciendo precisamente lo contrario de lo que el Presidente Wilson proclama en sus discursos de Indianápolis y de Mobile.

Para demostrar las ventajas que ofrece el capital norteamericano, el señor Valentine trae a cuenta el ejemplo de su propia familia, la cual durante los últimos cuarenta años ha trabajado en Honduras grandes empresas mineras, industriales, y de otras clases, empresas que han proporcionado trabajo a muchos hondureños. Ciertamente algunas veces las grandes empresas extranjeras benefician al pueblo, dándole trabajo; pero en la mayor parte de los casos perjudican á las empresas nacionales, restándole brazos; y en el caso especial de la familia Valentine algunas de esas empresas han causado graves perjuicios a la nación. La devolución del muelle de Puerto Cortés, por ejemplo, que Don Washington Valentine había tomado en arriendo por un tiempo determinado se convirtió en grave dificultad internacional que hubo de discutirse en Washington, en el Departamento de Estado.

La Doctrina de Monroe, dice el señor Valentine— fue el primer acto de ayuda, á pesar de que muchos latinoamericanos la han interpretado como doctrina de conquista, realmente significa protección panamericana contra el peligro europeo. Los Estados Unidos, como la nación más fuerte en América, tuvieron que realizar ese acto de protección.

Quizá ignore el Señor Valentine que la Doctrina de Monroe no es de origen americano, sino de factura ultramarina.

Cuando a fines de 1822 España ideaba reconquistar sus perdidos dominios de América, con el auxilio de la Santa Alianza, Inglaterra se alarmó ante la posibilidad de que el león ibero incluyese la naciente república norteamericana en su reconquista, y cerrase así todo camino a futuras inteligencias entre la madre Albión y su hija recién emancipada. Convenía, pues, que Estados Unidos permaneciese libre, para abrir con ella relaciones de familia tan pronto como las heridas de la lucha por la independencia estuviesen bien cicatrizadas; pero treinta y ocho años no habían sido bastante para acallar odios entre los factores de aquella guerra de siete años; cerrada con la rendición de Yorktown, y en consecuencia, Inglaterra no estaba en condiciones de conversar con Estados Unidos al respecto. Entonces buscó mediador. Ninguno tan apto como el Marqués de Polignac, Ministro, a la sazón, de Francia en Inglaterra. Estados Unidos tenía la gran deuda de gratitud con Francia, y Polignac era amigo personal del Presidente Monroe,

quien había sido Ministro de Estados Unidos en Francia. De ese modo, en su doble carácter de francés y de amigo personal del Presidente, el Marqués de Polignac inspiró a Monroe, por indicación de Inglaterra, la famosa declaración de 1823.

Así se explica que Lord Broghmam, Mackintosh y muchos otros miembros del Parlamento Inglés hayan hecho las más entusiastas manifestaciones de satisfacción al ser notificados de aquella declaración que al cerrar el camino de las intervenciones y colonizaciones europeas en América, iba también contra Inglaterra.

La Doctrina de Monroe no es, pues, un acto altruista, ni una ayuda, ni siquiera una resolución dictada por la propia conveniencia, es simplemente un consejo del egoísmo inglés, una de las más hábiles intrigas de la habilísima diplomacia inglesa.

I no somos los latinoamericanos los que interpretamos esa doctrina como doctrina de conquista: no recuerdo el nombre del Senador norteamericano

que pedía en el Senado que Estados Unidos se apoderase de cada pulgada de tierra desde Río Grande hasta el Istmo de Darién, en virtud de ese instrumento peligroso que unos llaman Doctrina de Monroe, y que el señor Valentine llama protección.

Ya ve el señor Valentine que no es temor, sino miedo, el más legítimo de los miedos, el que nos causa todo lo que huele a rubios del norte.

Pero ese miedo no se prolongará por mucho tiempo. Tan pronto como las naciones europeas se repongan de la postración en que las dejará la guerra, la energía europea, libre de la ruinosa condición en que se consumía por el equilibrio armado, nos traerá su influencia que tanto parece repugnar al señor Valentine, y entonces, del choque de intereses europeos y norteamericanos, surgirá el equilibrio de nuestras libertades.

F. MOLINA LARIOS.

Cartago, Noviembre, 1915.

¿Hay o no hay sanción para los traidores?

Hemos leído con asombro en «La Información» de esta ciudad, céptos mávelos referentes a la política del doctor don Julián Irujo y demás patriotas que bregan por obtener para Nicaragua un gobierno digno, que responda a las justas aspiraciones nacionales. No nos extraña el cinismo con que aparecen adulterados a acontecimientos que acaban de pasar o pasan actualmente ante la mirada de los centro-americanos, y que por la trascendencia moral que ellos entrañan y por la enormidad del atentado criminal que disimulan han quedado gravados de manera indeleble en el alma de estos pueblos.

No nos asombra la alteración de la verdad en los labios mentirosos de quienes al descender en la escala biológica han llegado a cambiar en sus almas de bien el concepto del bien y del mal, del honor y la de vergüenza.

Los bandidos buscan las tinieblas para cometer sus crímenes, y los conservadores inventan bajezas, fomentan el engaño, cierran las escuelas, hacen por todos los medios a su alcance la noche de la ignorancia para asesinar la libertad y traficar con la honra y el porvenir de los pueblos.

Qué nos puede extrañar de quienes en su afán desatentado de celebridad han dejado exhausto el Léxico de la Lengua para calificar sus infames proceres? Los epítetos más infamantes se deshonrarían al estigmatizar sus actos. El castigo se hallaría impotente para descender hasta ellos, porque la cadena misma del presidiario enblecería los pies que han ido a implorar la esclavitud de la patria, la venta en vil almoneda del porvenir nacional y la honra de las generaciones futuras.

La infamia se cubre el rostro avergonzada ante el desfile macabro de esas almas. La posteridad no conocerá sus hechos, porque dudamos que haya conciencias tan poco escrupulosas que se atrevan a revolver tanta podredumbre, porque no habrá pluma que se sacrifique profanándose al escribir su historia.

Disfrutarán en el porvenir de la impunidad del silencio, como ahora gozan del desprecio de las almas dignas.

No tememos que la opinión pública de Centro América se desoriente por las pérdidas informaciones que los agentes del llamado Gobierno de Nica-

ragua hacen circular en la prensa poco escrupulosa. El problema de ese país no sólo a él interesa, sino que entraña en sí la vida misma de estas nacionalidades, significa la dilucidación para el porvenir del derecho internacional de los pequeños Estados y la fijación precisa de su moral práctica; y la conciencia de estos pueblos debe estar alerta, como lo está, para calificar los hechos, apreciar los esfuerzos y desentrañar los verdaderos móviles que originan los acontecimientos y que esbozarán el porvenir.

Pero si nuestras aspiraciones políticas nada sufren con esas falaces publicaciones, nuestro ideal de la moral colectiva de los pueblos sí recibe doloroso descalabro. Nos entristece hondamente el ver cuán lejos estamos aún de la verdadera y justa sanción para con los grandes criminales; pues si los rituales de la diplomacia, la razón de estado obligan a los gobiernos a tolerar a los pícaros, los pueblos en su alta y libre conciencia debieran arrojar de su seno a aquellos que blasonando de altos personajes llegan con la corrupción de sus almas a emponzoñar el ambiente en que se agitan. Todos los hombres honrados, las empresas todas que representan un ideal de cultura y de moral para la Humanidad, así como castigan con su indiferencia, cerrándole la puerta o negándole la mano al asesino, debieran castigar haciéndoles el vacío, con un desprecio franco y altivo, que les caiga como un latigazo en pleno rostro, a los agentes, a los que defienden con la mentira, a los que pisotean la libertad y trafican con la soberanía de los pueblos.

La solidaridad humana, el decoro de la especie nos aconsejan apartarnos de todo contacto con esos entes miserables que van esparciendo la lepra de sus almas. Hay que dejarlos marchar solos, con su fardo de crímenes, con el estigma de los réprobos en la frente hasta que se oculten en sus tumbas maldecidas bajo la sombra del desprecio.

FRANCISCO R. BALDOVINOS

Tomado de "La Epoca"

Tipografía de "San José".